un minuto de paz y de amor y puede que no percibamos á nuestra derecha y á nuestra izquierda, una injusticia sin límites que cubre las tres cuartas partes de nuestra vida.

XXVI

Esta mañana leía el tercer volumen de la maravillosa traducción que el Dr. J. C. Mardrus acaba de hacer de las *Mil y una noches*, y veía en el curso de uno de los más bellos relatos de la sultana Schehrazada desenvolverse la vida más admirable, la más clara, la más espontánea, la más abundante, la más independiente, la más refinada, la más florecida, la más inteligente, la más llena de belleza, de dicha y de amor, y en cierto respecto la más próxima á la verdad más probable que la humanidad haya podido conocer. La civilización moral es aquí, desde muchos puntos de vista, tan perfecta como la civilización material. Ideas delicadísimas de justicia; preceptos de sabiduría penetrantes que nuestra sociedad más grosera y menos feliz no

encuentra ocasión de formular ó de descubrir, sostienen aquí y allá este incomparable edificio de felicidad como columnas de luz que sostuvieran la luz misma. Este palacio de beatitud, donde la vida moral es sana, graciosamente grave, noble y activa, donde la sabiduría más pura y más religiosa preside á todos los descansos de una humanidad afortunada, está, sin embargo, edificado sobre una injusticia tal y rodeado de una iniquidad tan vasta, profunda y pavorosa que el más desdichado de los hombres de hoy titubearía en franquear sus puertas para admirar el umbral deslumbrante de pedrerías. Más para cualquiera de los habitantes de la milagrosa mansión nada de esto es sospechoso, se diría que ellos jamás se aproximan á las ventanas, y que, cuando las abren por azar, si ven y deploran la miseria que les rodea, no se dan cuenta de una iniquidad incomparablemente más monstruosa y más protestable que la miseria—hablo de la esclavitud, y especialmente, y sobre todo, de la servidumbre de la mujer que, por alta que sea, y aun en el momento mismo en que ella habla á los hombres de verdad y de justicia y les abre los ojos sobre sus deberes más tiernos, más afectuosos, no ve el abismo en que se encuentra, convertida en un simple instrumento de placer que se vende, que se revende ó se da á no importa qué amo repugnante y bárbaro en un momento de embriaguez, de ostentación ó de reconocimiento.

XXVII

«Se cuenta, dijo Nozhaton, la bella esclava que aculta tras una cortina de seda y de perlas, habla al príncipe Scharkan y á los sabios del reino; se cuenta también que el Kalifa Omar salió una vez á pasear de noche acompañado del venerable Aslam Abou-Zeid. Y él vió á lo lejos un fuego que llameaba y se aproximó creyendo su presencia útil, y vió á una pobre mujer que encendía unos leños bajo una marmita; y ella tenía á ambos lados dos niñitos enclenques que gemían lamentablemente. Y Omar dijo: «La paz sea contigo, mujer. ¿Qué haces aquí, sola, en esta noche de frío?» Y ella respondió: «Señor, estoy calentando un poco de agua para darla á beber á mis hijos, que mueren de hambre y de frío; pero un día llegará en que Alá ha de pedir cuentas al Kalifa Omar de la miseria porque atravesamos.» Y el Kalifa, que estaba disfrazado, conmovióse extraordinariamente, y le dijo: «Pero, ¿crees tú, ¡oh mujer!, que Omar conoce tu miseria?» Ella respondió: «Pero, ¿puede

ser que Omar sea Kalifa é ignore la miseria de su pueblo y de cada uno de sus súbditos?» Entonces el Kalifa dijo á Aslam Abou-Zeid: «Marchemos deprisa», y marcharon aceleradamente hacia la Intendencia de su palacio, y allí sacó un saco de harina de entre los sacos de harina y también una orza llena de grasa de carnero y él dijo á Abou-Zeid: «Ayúdame á cargarlo sobre la espalda, ¡oh Abou-Zeid!» Pero Abou-Zeid, dijo: «Dejádmelo llevar á mí, ¡oh Emir de los Creyentes!» El respondió con calma: «¿Serás tú acaso también, Abou-Zeid, quien lleve á la espalda el fardo de mis pecados en el día de la resurrección?» Y él obligó á Abou-Zeid á ponerle sobre la espalda el saco de harina y la olla de grasa de carnero. Y el Kalifa marchó ligero hacia donde estaba la pobre mujer y allí tomó harina y tomó grasa y la puso en la marmita, con sus propias manos preparó este comistrajo, inclinándose él mismo sobre el fuego para, soplando, avivarle, y como tenía una barba patricia, el fuego de los leños se hacía camino por los intersticios. Cuando la comida estuvo presta, Omar la ofreció á la mujer y á los niños hasta que se hartaron. Entonces Omar les dejó el saco de harina y el puchero de grasa, diciendo á Abou-Zeid: «¡Oh, Abou-Zeid!, la luz de este fuego me ha esclarecido.»

«Más, ¡oh, Rey!, dijo un poco más lejos á un Rey muy sabio una de las cinco adolescentes melancó-

licas que pretendía vender, sabed que la acción más bella es la más desinteresada.» Se cuenta, en efecto, que en Israel había dos hermanos. y el uno de estos hermanos dijo un día al otro: «Cuál es la acción más infame que has cometido en la vida.» Respondió: «Es esta: como yo pasase un día cerca de un gallinero, tendí el brazo y saqué una gallina, y, habiéndola estrangulado, la volví á tirar al gallinero; esta es la peor acción de toda mi vida. Y tú, ¡oh mi hermano!, ¿cuál es lo más grave que has hecho?» Respondió: «Haber rezado mi plegaria á Alá para pedirle un favor, porque la plegaria sólo es bella cuando el alma se eleva á las alturas sin consideraciones terrenas.»

Aprende á conocerte, respondió una de sus compañeras cautiva y esclava como ella. Aprende á conocerte, y entonces, sólo entonces, muévete, desenvuélvete según tus deseos, pero teniendo muy en cuenta el no molestar á tu vecino.»

Nuestra moral presente no podría añadir nada á esta última fórmula, y no he encontrado en ninguna parte precepto más completo. Todo lo más podría ensancharse el sentido de la palabra «vecino», elevar y hacer más sutil y más impresionable el de la palabra «molestar». Pero el libro donde se encuentran estas palabras es bajo todas estas flores y bajo toda esta sabiduría un monumento de horror, de sangre, de lágrimas, de despotismos y de servidumbre. Las que las pronuncian son esclavas; un

mercader las compró, yo no sé dónde, y las revende á una vieja mujer que les enseña ó les hace enseñar la poesía, la filosofía y todas las ciencias orientales, á fin de que sean un día presentes dignos de un rey. Y cuando acabaron su educación, y cuando la belleza y la sabiduría de las víctimas excitan la admiración de todos los que se les aproximan, la industriosa vieja las ofrece, en efecto, á un rey muy justo y muy sabio, y cuando el rey muy justo y muy sabio haya gozado del tesoro de su virginidad y desee otros amores, se les enviará probablemente (no recuerdo exactamente como termina la historia, pero es el destino invariable de todas las mujeres de estas maravillosas leyendas), á sus visires; los visires las cambiarán por un vaso de perfume ó por un collar de piedras preciosas, á menos que las envíen lejos á hacer las delicias de un protector poderoso ó de un rival temible. Y ellas, que interrogan su conciencia y leen en las de los demás; ellas, que meditan los más graves problemas de la justicia y de la moral de los hombres, no pueden dudar ni un solo instante de la abominable injusticia de que son víctimas. Y todos los que las escuchan, las aman, las admiran, y las comprenden, tampoco dudarán. Y á nosotros, que reflexionamos también sobre la justicia, la bondad, la piedad y el amor, nada nos indica que nuestro estado social no ofrecerá algún día á los que vengan después un espectáculo tan desconcertante.

XXVIII

No es difícil imaginar lo que sería la injusticia ideal, porque todos los pensamientos que se elevan hacia ella son contrariados en la injusticia en que todavía vivimos. Ignoramos las leyes, las relaciones nuevas que se revelarán cuando ya no haya desigualdades ni desdichas imputables á los hombres y cuando cada uno, según el principio de la moral evolucionista, «recogerá los resultados buenos ó malos de su propia naturaleza y de las consecuencias que derivan de ella». A la hora actual no sucede así, y puede decirse que para la totalidad de los hombres en el dominio material «la conexión entre la conducta y sus consecuencias», según la fórmula spenceriana, no existe más que de una manera ilusoria, arbitraria é inícua. ¿No es, pues, temerario esperar que nuestros pensamientos sean justos cuando nuestros cuerpos se sumen completamente en la injusticia? Y no hay nadie que no esté templado para sufrir ó para gozar; nadie que no sea privilegiado ó frustrado. Podemos ensayar la emancipación de nuestro pensamiento de esta injusticia

inveterada, vestigio durable de la «moral sub-humana», necesaria á la especie primitiva. Mas es en vano creer que él tendría la misma fuerza, la misma independencia, la misma clarividencia, y que llegaría á los mismos resultados si esta injusticia no existiese. Es muy tímida é incierta siempre la parte del pensamiento humano que llega á ponerse por encima de la realidad. El pensamiento humano puede muchas cosas, y ha motivado á la larga grandes reformas en lo que parecía inmutable en la especie y en la raza. Pero en el momento en que él medita en una transformación que preve ó que espera, no puede sufrir el yugo, la manera de ser, de sentir, de lo que quisiera cambiar. El es casi todo entero, idéntico á lo que pretende transformar. El está hecho para explicar, juzgar y coordinar lo que en sí es; para ayudar, nutrir y dar á conocer lo que habiendo ya nacido permanece todavía invisible. Raras veces preve lo porvenir; raras veces produce nada saludable ni durable cuando se arriesga en lo que todavía no es. También lleva el castigo del estado social en que vivimos. Hay muchas justicias en torno nosotros para que podamos hacernos una idea satisfactoria de la injusticia, para que podamos pensar con la buena fe y la paz necesarias. Sería indispensable para estudiarlo y hablar con fruto, que fuese lo que podría ser, una potencia social, irreprochable y positiva. Mas debemos limitarnos á invocar sus efectos inconscien-

tes, secretos por decirlo así, insensibles. Nosotros contemplamos la justicia desde las riberas de la injusticia humana é ignoramos todavía el espectáculo de alta mar bajo la bóveda ilimitada é inviolable de una conciencia pura. Sería preciso que los hombres hubieran hecho todo lo posible en su propio dominio para que tuvieran el derecho de ir más allá y de interrogar otra cosa, y sus pensamientos serían probablemente más claros si su conciencia estuviese más tranquila.

XXIX

Un gran reproche paraliza nuestro ardimiento cuando nos proponemos ser mejores, perdonar, amar y comprender. Consideramos bello purificar nuestra conciencia, ennoblecer nuestros pensamientos, hacer la vida más dulce y más ligera á los que nos rodean; todo esto tiene sin embargo muy poca importancia fuera de nosotros; ninguna dentro de nosotros mismos. Y en cuanto salimos de la morada de nuestra intimidad, observamos que no hemos

hecho nada, que no hay nada que hacer y que tomamos parte, á pesar nuestro, en la gran injusticia anónima. ¿No es, pues, irrisorio resolver dentro de sí los problemas de la conciencia más inquietantes y los más delicados, y arrojar con crueldad la sombra de un pensamiento amargo, de ser á toda hora del día noble, sencillo, fiel, leal, complaciente, moralmente intacto entre los cuatro muros de su habitación para olvidar en el instante mismo y sin que le sea posible no hacerlo, toda piedad, toda equidad y todo amor, en cuanto bajamos á la calle y nos encontramos con seres cuyos rostros no nos son familiares? ¿Cuál es la dignidad, la lealtad de esta doble vida sabia, humana, elevada, del lado de nuestro umbral y del otro indiferente, instintivo y despiadado? Basta que tengamos menos frío, que vayamos mejor vestidos y mejor nutridos que el obrero que pasa; que compremos, no importa qué objeto, que no nos es estrictamente indispensable: esto es en último análisis, depués de mil circuitos, un retorno inconsciente al acto primitivo del más fuerte, despojando sin escrúpulo al más débil. Nosotros gozamos hace ya tiempo el resultado de un abuso del poder, del poder antiguo, de una violencia desconocida, de una astucia anterior que ponemos de nuevo en movimiento, sentándonos á nuestra mesa, paseándonos ociosamente por la ciudad, acostándonos á la noche en un lecho que nuestras manos no hicieron. ¿Y él deseo mismo

de ser mejor, más complaciente y más dulce y el de pensar más fraternalmente en la injusticia que sufren los otros, qué es, en suma, sino el fruto más maduro de la gran injusticia?

XXX

Yo sé bien que con estos escrúpulos se iría á sublevaciones y á choques inútiles y hasta funestos á la especie, en la que conviene respetar la poderosa y clemente lentitud. O bien retornaríamos á los renunciamientos inactivos y místicos hostiles á las voluntades más evidentes y más invariables de la vida. Hay leyes que se han llamado inevitables, pero que desde ahora se las llamará con menos seguridad. La situación del justo y del sabio ha cambiado. Marco Aurelio, el alma más noblemente sensible, más sabiamente impresionable, más puramente ansiosa, más inquieta de justicia que hubo nunca, no se pregunta por lo que pasa fuera del admirable círculo de luz donde su virtud, su conciencia, su piedad, su mansedumbre divina

envuelve á sus prójimos, á sus amigos y á sus servidores. Más allá de este círculo, él no lo ignora, comienza la iniquidad infinita. Ella es el océano necesario, misterioso y sagrado; la inmensa parte de los dioses, de la fatalidad y de las leyes superiores desconocidas irresponsables, irresistibles, inmutables. Ello no deprime su ánimo, al contrario, lo concentra y lo eleva como una llama que brillase sola en la noche entre un mundo de tinieblas. A él no le pertenece tocar al régimen del destino que quiere la servidumbre del mayor número. El se somete con tristeza, pero con confianza, á los decretos irrevocables en un acto de piedad y de virtud. El se encierra en sí mismo y viene á ser más humano y más justo en esa suerte de vida inmóvil y sin brillo, y de siglo en siglo los sabios y los buenos tendrán el mismo ardor concentrado y recluso. Más de una ley inmutable habrá cambiado de nombre, pero la iniquidad seguirá siendo parecida y ellos la mirarán con lo misma melancolía resignada y confortante. Pero á nosotros, ¿qué nos toca hacer? Nosotros sabemos que no hay iniquidad necesaria. Hemos invadido el dominio de los dioses, del destino, de las leyes desconocidas. Puede que aún queden en la enfermedad, en el accidente y en la mayor parte de los misterios de la muerte; no hemos penetrado hasta allí, pero lo cierto es que no reside ni en la pobreza, ni en la miseria, sin esperanza, ni en el hambre y la ser-

vidumbre. Esto es lo que nosotros organizamos, lo que nosotros distribuímos. Estas son nuestras calamidades personales, y de día en día más raras, sin que ninguna potencia sobrehumana las presida como cree la buena fe del vulgo. No existe más que en nuestros recuerdos el océano religioso infranqueable que protegía y excusaba la retirada del pensador y del justo replegado sobre sí mismo. Hoy Marco Aurelio no diría con la misma serenidad: «Ellos buscan refugios en las cabañas rústicas, en las riberas de los mares, en las montañas. Tú también te entregas por costumbre á un vivo deseo de parecidos bienes. Aquello es, sin embargo, el hecho de un hombre ignorante é inhábil, puesto que puedes retirarte en ti mismo á la hora que quieras. En ninguna parte el hombre tiene retiro más tranquilo y menos turbado por los negocios que el que encuentra en su alma, particularmente si tiene en sí mismo cosas cuya contemplación sea suficiente para hacernos gozar el estado de calma perfecta, la cual no es otra, á mi ver, que una perfecta disposición de nuestro espíritu.» Hay algo más ahora que la disposición del espíritu y muchas cosas que no se encontraban en tiempo de Marco Aurelio—es decir, las tres cuartas partes de las desdichas de los hombres—y que de intangibles, de ininteligibles, de inmóviles, de fatales que eran, se han convertido en reales, en explicables, en apremiantes y en humanas.

XXXI

Esto no quiere decir que sea indispensable abandonar este deseo de buenas disposiciones. Nosotros no podemoe ya admitir «la disposición de espíritu» que ellos encontraban en su egoísmo excusable; pero podemos esperar una suerte de disposición condicional y provisoria. Esta disposición no es la última palabra de la moral y nos es indispensable comenzar á ser tan justos como podamos con nuestros amigos, vecinos y servidores. A la hora en que nos damos cuenta de que somos justos con nosotros y con nuestra conciencia nos damos cuenta asimismo de lo injustos que somos con los demás.

Ignoramos todavía el medio de ser prácticamente más justos con estos últimos á menos de recurrir á los grandes renunciamientos heróicos que no pueden ser unánimes y que irían probablemente contra las leyes más profundas de la naturaleza que rechaza el renunciamiento bajo todas sus formas, incluso la del amor maternal. Esta justicia práctica

es el secreto de la especie. La especie guarda secretos que revela uno á uno en los momentos verdaderamente peligrosos de la historia; y las soluciones que ella impone á las dificultades, son casi siempre inesperadas y de una extraña simplicidad. Es posible que llegue la hora en que ella hable de nuevo. Esperemos sin ofender nuestra esperanza; pero no debemos perder de vista que la humanidad está lejos de salir del período de «las generaciones sacrificadas». La historia no ha conocido otras y es posible que hasta el fin de los tiempos todas las generaciones se llamen sacrificadas. Nadie negará, sin embargo, que los sacrificios inútiles é injustos son cada vez menos inhumanos é ineluctables, que se hacen en virtud de las leyes mejor conocidas y que una razón elevada puede aceptarlos sin ser cruel.

XXXII

Es preciso conocer que las ideas de la especie caminan con una lentitud majestuosa é irreductible. Pasaron siglos antes de que los hombres primitivos

dejasen de atacarse cuando se encontraban á la entrada de las cavernas y reconociesen que tenían interés en unirse y defenderse en común contra los enormes enemigos de fuera. Las ideas de la especie son, por parte, muy distintas de las que podría tener el hombre más sabio.

Parecen independientes, espontáneas y se apoyan frecuentemente en datos de los que no se encuentra huella en la razón humana de la época en que ellas nacen.

XXXIII

Hace ya largo tiempo, y esta es una de las primeras afirmaciones de la ciencia en el momento en que sale de las entrañas de la tierra, de los glaciares y de las grutas y cesa de llamarse Geología y Paleontología para convertirse en historia del hombre, hace ya largo tiempo, repito, que la humanidad atravesó una crisis muy semejante con la que actualmente lucha, con la diferencia de que la de hoy parece mucho más trágica é insoluble. Puede afir-

marse que la especie humana no ha conocido hasta aquí una hora más crítica y más decisiva, un período en que haya estado más cerca de su ruina; y si vivimos hoy se debe al expediente inesperado que salvó á la raza en el instante en que el rayo nutrido por la razón misma del hombre y por todo lo que hay de mejor y de más irresistible en su instinto de lo justo y de lo injusto iba por fin á destruir el equilibrio heróico entre el deseo y la posibilidad de vivir. Quiero hablar de las violencias, de los raptos y de los asesinatos que surgieron entre los primeros grupos humanos. Sin duda fueron espantosos y amenazaron seriamente la existencia de la raza; pero la venganza es la forma terrible y, por decirlo así, epidémica que toma el deseo de justicia. Es evidente que abandonada á sí misma y multiplicándose á cada paso la venganza seguida de la venganza no hubiese tardado en devorar si no á la humanidad entera al menos en todo lo que había de enérgico y valeroso entre los primeros hombres. Pero en casi todos los pueblos bárbaros y también en la mayor parte de las tribus salvajes se ve en un momento dado—y es generalmente el momento en que las armas de la tribu se convierten en realmente mortíferas—se ve á la venganza detenerse bruscamente ante una costumbre singular que se ha llamado «el precio de la sangre» ó la «capitulación para el homicida» y que permite al culpable escapar á las represalias de los

amigos ó de los parientes de la víctima, pagando á éstos una indemnización arbitraria en los comienzos; pero muy poco estrictamente graduada. Examinando bien la historia heróica del primer movimiento de los pueblos niños nada más extraño que la ingeniosidad un poco mercantil y un poco paciente de este uso general. ¿Puede atribuirse á la previsión de los jefes?

Se la encuentra, sin embargo, donde no hay ninguna autoridad. ¿Es cosa de los viejos, de los pensadores ó de los sabios de los grupos primitivos? Esto no es probable. Hay allí un pensamiento que es al mismo tiempo mucho más bajo y mucho más alto que lo que podría ser el pensamiento de un genio aislado, de un profeta, de los períodos bárbaros. El sabio, el profeta, el genio, sobre todo el genio inculto, excede los pensamientos generosos y heroicos de clam y de la época á que él pertenece. Esta indecisión medrosa de una venganza natural y sagrada, este mercado odioso de la amistad, de la fidelidad y del amor, debían repugnarle. Y de otro lado ¿es verosímil que él pudiera elevarse para entrever más allá de los deberes inmediatos, los más nobles y los más incontestables, este interés superior de la tribu y de la raza, esta voluntad misteriosa de la vida que los más sabios entre los sabios de hoy no perciben de ordinario y no justifican sino después de una grave y dolorosa victoria sobre su razón solitaria y sobre su corazón? No, no

fué el pensamiento del hombre quien encontró esta solución; fué la inconsciencia de la masa obligada á defenderse contra pensamientos muy individualmente, muy puramente humanos, para que pudieran adaptarse á las irreductibles exigencias de la vida sobre la tierra. La especie es extraordinariamente dócil y extraordinariamente sufrida. Lleva desde hace largo tiempo el peso que la razón, el deseo de los mejores, la imaginación, las pasiones, los vicios y los sentimientos que son propios del hombre le imponen. Mas en el momento en que el peso se convierte ya realmente en funesto, se descarga de él con indiferencia. A ella no le da ningún cuidado por el medio; toma el más próximo y el más sencillo estando como está en la seguridad de que su idea es la más justa y la mejor. No tiene más que una idea: vivir, y esta idea se sobrepone, en suma, á todos los heroísmos y á todos los ensueños que encerraba el peso que ella arroja. Reconozcámoslo; en la historia de la razón humana no son siempre los pensamientos que se elevan más alto los más justos y los más grandes. Con los pensamientos del hombre pasa como con un chorro de agua que no se eleva á lo alto sino cuando ha estado encerrado y cuando escapa por un orificio muy estrecho. Al verla salir, cualquiera imaginaría que el agua que se lanza hacia el cielo desprecia el gran lago inmóvil que se extiende bajo ella. Por tanto es el lago quien tiene razón; él cumple tran-

quilamente en su inmovilidad aparente y en su silencio pasivo la obra inmensa y normal del más importante elemento de nuestro globo, y la salida del agua no es más que un incidente curioso que recae bien pronto en la obra universal. Para nosotros, la especie es el gran lago que tiene siempre razón, aun desde el punto de vista de la razón humana superior, que ella parece á veces ultrajar. Tiene también la idea más vasta en lo que se contienen todas las demás y que abarca el tiempo y el espacio ilimitados. ¿Y no vemos que la idea más vasta es de día en día en cualquier dominio la más razonable, la más sabia, la más justa y la mas bella también?

XXXIV

Es cosa de preguntar si no valdría más que los destinos de la humanidad fuesen dirigidos por hombres superiores, por los más sabios, y no por el instinto de la especie lento y frecuentemente cruel. Yo no creo que se pueda responder á la cuestión

de la misma manera que ha sido en otro tiempo contestado. Ciertamente que sería muy peligroso confiar los destinos de la especie á Platón, á Aristóteles, á Marco Aurelio, á Shakespeare, á Montesquieu. En los peores momentos de la revolución francesa la suerte de un pueblo estaba en manos de bastantes buenos filósofos, más ciertamente que hoy los hábitos del pensador se han modificado profundamente. Ya no es especulativo, utopista ó exclusivamente sustantivo. En política, como en literatura, como en filosofía, como en todas las ciencias, el observador va venciendo al imaginativo. El inquiere, investiga, estudia sin intentar crear lo que no ha existido todavía y lo que jamás existirá. Puede, pues, hablar de lo que conoce directamente; lo otro no le importa. Limitándose á hablar circunspectamente de sus verdades limitadas sería cada día menos exclusivo, y estando de acuerdo con el genio de la especie que él trata de observar, su influencia ganará poco á poco de tal suerte que, en último análisis, será la especie quien tendrá razón y quien decidirá, puesto que ella guía al que le observa, y que siguiendo al que ella guía no hará más que seguir sus propias voluntades inconscientes é informes y ahora esclarecidas y expresadas.

XXXV

Entretanto que la especie encuentra el nuevo expediente necesario (y ella lo encontrará sin obstáculos cuando el peligro sea más grave, y aun es posible que ya lo haya encontrado y que él transforme á la hora presente una parte de nuestros destinos, sin que nosotros sospechemos su existencia) entre tanto, repito, séanos permitido, como á los antiguos sabios, entrar en nosotros mismos. Es posible que encontremos en torno nuestro cosas cuya contemplación basta para hacernos gozar al instante, si no de una calma perfecta, al menos de una esperanza indestructible. Si la naturaleza no nos parece justa, si nada nos permite afirmar que un poder superior ó la inteligencia del universo recompensa ó castiga aquí abajo ó en un más allá, según las leyes de nuestra conciencia ó según otras leyes que admitiremos algún día; si, en fin, de hombre á hombre, es decir, en nuestras relaciones con los semejantes, hay un admirable deseo de equidad, pero una justicia efectiva, siempre incom-

pleta, sujeta á todos los errores de la razón, á todas las miserias del interés personal y sometida á todas las malas costumbres de un estado social todavía «sub-humano», es sin embargo cierto que en el fondo de la vida moral de cada uno de nosotros se encuentra una imagen de esta justicia invisible é incorruptible, de esta justicia que hemos buscado vanamente en el cielo, en el universo y en la humanidad. Muévese esta justicia en un círculo que escapa á las miradas de los demás hombres, y, frecuentemente, á nuestra propia conciencia; más por estar oculta é intangible lo que hace no es menos profundamente humano ni menos profundamente real. Parece como si escuchase y examinase todo lo que nosotros decimos, todo lo que nosotros intentamos en la vida de fuera; y si en el fondo de todo esto hay un poco de buena voluntad y sinceridad, ella la transforma en fuerzas morales que ensanchan y esclarecen nuestra vida interior y nos ayudan á pensar, á decir y á intentar mejor todavía en lo porvenir. Ello no aumenta ni disminuye nuestras riquezas, no detiene ni la enfermedad ni la locura, no prolonga la vida de un ser á quien adoramos; pero si hemos aprendido á reflexionar y á amar en otros términos, si hemos cumplido con nuestro deber según el espíritu al mismo tiempo que con nuestro deber según el corazón, ella mantiene en el fondo de nuestro espíritu y de nuestro corazón una inteligencia, una satisfacción, acaso

desencantado; pero noble é inexpugnable; una dignidad de existencia suficiente á nutrir nuestra vida después que las riquezas han sido perdidas, después que la locura ó la enfermedad nos han atacado, después de que el ser á quien adorábamos nos abandonó para siempre. Un buen pensamiento, una buena acción, son para nuestro corazón la recompensa que la ausencia de un juicio universal de la naturaleza no le permite esparcir en torno de nosotros sobre todas las cosas. La dicha que le es imposible producir fuera se esfuerza en producirlo dentro de nosotros mismos. Ella llena el alma y prepara el espacio necesario á una inteligencia, á una paz y á un amor que quiere engrandecer. No puede nada sobre las leyes de la naturaleza; lo puede todo sobre los que presiden el equilibrio de una conciencia humana; y esto es verdad en todos los grados del pensamiento y en todos los grados de la acción. El obrero que vive honestamente su humilde vida de padre de familia y cumpliendo con su deber, y el hombre que persevera en el heroísmo moral, están acaso muy distanciados, pero se agitan y viven bajo el mismo plan y en la misma región leal y consoladora. Lo que decimos ó lo que hacemos, influye mucho en nuestra dicha material, pues en último análisis por los órganos espirituales, goza el hombre durable y completamente de la misma dicha material. He aquí por qué lo que pensamos tiene mucha más importancia

todavía. Más lo que importa sobre todo desde el punto de vista de la acogida que hagamos á las penas de la vida, es el carácter, el estado de espíritu, la costumbre moral que había creado en nosotros lo que nosotros hemos dicho, hecho y pensado. Aquí se manifiesta una justicia incontestable y hay un acuerdo tanto más necesario y tanto más perfecto entre la buena voluntad habitual del espíritu y del corazón y la dicha íntima de nuestro ser moral, cuanto que esta dicha no. es otra cosa que la faz del buen pensamiento y del buen sentimiento que irradia hacia dentro de nosotros mismos. Encuéntrase aquí realmente entre la causa y el efecto ese lazo inteligente y moral que habíamos inútilmente buscado en el mundo exterior, y hay en las cosas morales y reinando sobre el bien y sobre el mal que se agitan en el fondo de nuestra conciencia una justicia exactamente semejante á la que nosotros desearíamos para las cosas físicas. ¿Por qué hemos de dudar de que esta justicia que vive y reina en nuestro corazón exista en el Universo?

XXXVI

Hemos hablado largamente de la justicia, ¿pero no es ella el gran misterio moral del hombre y no tiende á sustituir la mayor parte de los misterios espirituales que dominan su destino? Ella ha sustituido á más de un dios y á más de un poder anónimo. Ella es la estrella que se forma en la nebulosa de nuestros instintos y de nuestra vida incomprensible. Ella no es la palabra del enigma, y cuando nosotros sepamos lo que ella es y cuando verdaderamente reine sobre la tierra, no sabremos ni por qué somos, ni de dónde venimos, ni adónde vamos; pero entiéndase que ella es el primer orden del enigma, y que obedeciéndole podemos marchar en busca de este secreto con el espíritu más libre y con el corazón más tranquilo. En fin, ella cobija á todas las virtudes humanas, y su sonrisa las purifica y ennoblece y les da el derecho de penetrar en nuestra vida moral, pues toda virtud que no puede sostener la mirada clara y fija de la justicia, está llena de astucias, es peligrosa. Se encuentra tam-

bién á la justicia en el centro de todo ideal, en medio del amor de la verdad y del amor de la belleza, y ella es bondad, piedad, generosidad y egoismo. Los actos de justicia son los que elevan al hombre á las alturas desde donde no ve lo justo y lo injusto en el círculo estrecho de las obligaciones que el azar le impone, sino más allá de los años y de los destinos, más allá de lo que debe y de lo que ama, más allá de lo que busca y de lo que encuentra, más allá de lo que aprueba ó de lo que desaprueba, más allá de lo que espera y de lo que teme, más allá en fin, de los crímenes y de las injusticias de los hombres sus hermanos.

EL TEMPLO DEL AZAR

He sacrificado—y sacrificio cruel es, renunciar á la contemplación de las incomparables estrellas y de la blanca luna en las noches mediterráneas, he sacrificado, digo, algunas, de mi estancia en el país del sol, á interrogar en el más suntuoso, en el más activo y exclusivista de sus templos, al dios más obscuro de la tierra. Este templo es Monte Carlo, desparramado sobre una roca que esclarece la luz de la mar y del cielo; rodeado de jardines encantados, donde triunfan en enero las flores perfumadas de la primavera, del estío y del otoño, y en cuyos árboles—el adorable limonero y la palmera real—cantan los pájaros. Preciso es reconocer, sin embargo que el edificio es indigno de la admirable situación en que está colocado, de las colinas deliciosas, del golfo azul y esmeralda, de las arboledas sonrientes que le rodean; indigno del Dios que abriga